
INTROITO.

PERSONAS. { CUPIDO.
 GINEBRO, pastor.
 CLIMACO, pastor.
 CLAUDINO, pastor.

CORO.

OYE, Cupido, señor,
 no te quejes de pastores,
 que el remedio de amador
 es decir mal del amor
 y á la fin morir de amores.

CUPIDO.

Atrevidos y enamorados pastores, ¿de dónde os vino tanta osadía que recostados en vuestras cabañas y con gran descuido osáis ultrajar mi divinidad? Y pues con mi potencia os he traído á este lugar, cada uno dé razon de sus quejas para que se haga justicia.

GINEBRO.

Dios y señor Cupido, á mí ningun perjuicio me tienes hecho, antes vivo con contentamiento.

CLAUDINO.

Yo con gran descontentamiento.

DRAMÁTICAS.

CLIMACO.

Yo con mucho mas.

CUPIDO.

Sepamos la causa.

CLAUDINO.

Yo te la contaré, muy alto Cupido. Ha de saber tu magestad que viéndonos heridos de tu mano Ginebro, Climaco y yo de amores de la muy hermosa zagala Temisa, acordamos por quitarnos de rencillas y cordojos de presentarnos delante su agraciado conspecto para que dijese ella misma á cuál de nosotros escogia por su requebrado.

CLIMACO.

Y porque, encumbrado Cupido, mejor lo comprendas, has de saber que primero cada cual de nos contó en su presencia las gracias de que era dotado.

CUPIDO.

Sepa yo qué gracias le propusistes.

CLAUDINO.

Yo le dije: amantísima zagala, sábeta que soy tan esforcejudo, que por mis fuerzas soy temido en toda Extremadura de los mas valientes zagales, por lo cual pretiendo que me has de escoger por tu servidor.

CLIMACO.

Yo le dije: oye, zagala de bel parescer: tú sabrás que en toda la Mesta no se hallará zagal tan franco y liberal como yo, y porque nasce esta virtud de ánimo

generoso y grande creo que me recibirás por tu zagal, dejando á cualquier desotros.

GINEBRO.

Yo le dije: requebrada pastora, sabrá tu hermosura que la cosa de que yo mas me precio es de ser prudente y sabio en tanta manera que primero que hable ni ponga por obra ninguna cosa, tengo gran cuenta con el fin della, y porque á quien esto tiene no le puede ser dañosa la próspera ni adversa fortuna, debes recibirme por tu requebrado.

CUPIDO.

En fin, ¿á quién escogió?

CLIMACO.

A Ginebro, por mi mala suerte.

GINEBRO.

A mí, porque así convenia.

CLAUDINO.

A ti, que nunca debiera.

CUPIDO.

Antes sábiamente escogió la zagala.

CLIMACO.

¿Por qué?

CUPIDO.

Yo te lo diré. Para que la muger discreta quiera

bien, has de saber que no son bastantes las fuerzas de Hércules, ni las liberalidades del magno Alejandro.

CLAUDINO.

¿Sino qué, señor Cupido?

CUPIDO.

Saber virtuoso, honesta conversacion, continua crianza, amor luengo, zelar la honra: todas estas cosas bien alcanzadas, solo el verdadero saber las alcanza.

CLIMACO.

Ahí te aguardaba, Cupido. Si los amores son luenagos, pasa peligro que se descubran; y si son descubiertos, síguense grandes peligros.

CLAUDINO.

Dice la verdad.

CLIMACO.

Dí, para ello ¿qué remedio dará el sabio?

CLAUDINO.

Por cierto ninguno, antes el esforzado y liberal terná ganados amigos que le favorezcan en semejantes peligros.

CUPIDO.

Bien parece que sois pastores. Habis de saber que al verdaderamente sabio ninguna cosa de esas le falta: él es esforzado en refrenar sus ojos, mandádoles que no miren á quien bien aman, si por mirar se ha de seguir escándalo: es mas que liberal en no dar parte

de sus secretos, cuando vé que no conviene: y habeis de saber que los amigos adquiridos por esfuerzo y liberalidad suelen faltar muchas veces á sus amigos en las necesidades, porque faltando el interese y esfuerzo con que fueron ganados, faltan ellos tambien.

CLIMACO.

Tienes razon: vencido nos has, oh alto Cupido, y damos por buena la eleccion que hizo la sabia pastora Temisa.

CLAUDINO.

Lo que te suplicamos agora es que nos vuelvas á nuestras acostumbradas cabañas y practeros sombríos.

CUPIDO.

Soy contento, mas primero quiero que narreis lo que os encomendó el autor al entrar de la puerta.

GINEBRO.

Que somos contentos.

CLIMACO.

Sapientísimos auditores, nuestro autor os desea paz y salud tan larga como la vida de Matusalen, y os hace saber como quiere, por daros placer y regocijo, representar una comedia de Plauto, llamada de los Menemnos: pídeos por merced que esteis atentos, que en breves palabras se os dirá el argumento.

CLAUDINO.

Quítate allá: déjame lo comenzar á mí.

CLIMACO.

Comienza ya.

CLAUDINO.

Sabrán vuestras reverencias que en la ciudad de Sevilla hobo un rico mercader llamado Menemno, el cual tenia dos hijos nascidos de un parto: eran tan semejantes en la forma y gesto que muchas veces la misma madre que los habia parido tomaba al uno por el otro.

GINEBRO.

Vino acaso que siendo estos dos hermanos de edad de quince años, cargó el padre una nave de muchas mercaderías para levante, y llevando consigo uno de sus hijos llamado Menemno, se partió dejando el otro con su madre Claudia.

CLIMACO.

Siendo embarcado, fuele la fortuna tan contraria que tres días y tres noches corrió por la tempestuosa mar sin saber adonde iban, y á la fin vino á dar en una peña de la isla Conejera adonde todos perecieron, excepto el hijo Menemno, el cual abrazado con una tabla vino á tomar tierra en el cabo de Cullera.

CLAUDINO.

El desdichado mancebo vínose á Valencia, adonde asentó por criado de Casandro, mercader de mucho trato y viudo, el cual teniendo no mas de una hija, á cabo de tiempo la casó con él en pago de sus buenos servicios.

GINEBRO.

La desventurada madre sabiendo en Sevilla las tristes nuevas y creyendo ser todo perescido, puso nombre Menemno al hijo que le quedaba, por el amor que tenía al hijo y marido ya defuntos.

CLIMACO.

De manera, señores, que ambos á dos hermanos (porque mejor lo entendais) se llamaban Menemnos.

GINEBRO.

Muerta la madre, el Menemno sevillano certificado por un adevino que su hermano era vivo y que estaba en España, determinó de ir á buscallo con un esclavo suyo, y á cabo de tiempo aportó en Valencia, adonde por sus medios se vernan á conocer, como aqui claramente verán los que atender quisieren.

CLAUDINO.

Nosotros no podemos atender.

CUPIDO.

Ni quiero que atendais, sino que nos vamos cantando.

CLIMACO.

Vamos.

CANCION.

Quien falsario y ciego me llama,
bien es el pecho que yo le abra.

Quien ama sin ser amado
meresce ser desamado,
y ese tal enamorado
con este que descalabra,
bien es el pecho que yo le abra.

LOS MENEMNOS.

COMEDIA.

PERSONAS.

CASANDRO, padre de	TALEGA, simple.
AUDACIA, muger de	DOROTEA, ramera.
MENEMNO, casado.	AVERROIS, médico.
MENEMNO, mancebo.	LAZARILLO, criado.
TRONCHON, esclavo.	

(Calle.)

ESCENA I.

MENEMNO, CASADO. TALEGA.

MENEMNO C.

¡OH qué simple cosa es este diablo de Talega! que le hice del ojo para que me siguiese, y no sé si me habrá entendido: mas simple soy yo que no él en darle parte de mis negocios; mas helo aqui donde sale.

TALEGA.

¡Pecador de mí, señor Menemno! ¿y piensas que no te habia entrujado? muy bien te entrujé, qu'esas son mis mieses y comer y tomar solaz á costa agena.